

Josep Maria Antentas y Esther Vivas

Internacionalismo(s) ayer y hoy

El siglo pasado terminó con la abrupta emergencia de lo que vendría a conocerse como movimiento “antiglobalización” a partir de las protestas de noviembre de 1999 en Seattle en ocasión del *Encuentro Ministerial de la Organización Mundial del Comercio* (OMC). Siguió entonces un periodo de rápido desarrollo del movimiento, hasta las movilizaciones contra el G-8 en Génova en julio de 2001 y los atentados del 11 de septiembre en New York. El “largo año 2000”, de Seattle hasta el primer *Foro Social Mundial* en enero del 2001 en Porto Alegre, se convertiría en lo que Bello (2001) bautizó como el año de la protesta “antiglobalización”. El ascenso de las luchas contra la globalización comportó también el renacimiento del espíritu y la práctica internacionalista y la emergencia de un “nuevo internacionalismo”.

El “internacionalismo” es concepto muy amplio y que ha tenido distintos significados a lo largo de la historia, la mayoría con connotaciones positivas como nos recuerda Anderson (2002), quien lo define descriptivamente como “*toda perspectiva o práctica que tiende a trascender la nación en dirección hacia una comunidad más amplia, de la que las naciones siguen constituyendo las unidades principales.*” Tiene una larga y tortuosa historia, marcada por grandes momentos épicos y grandes episodios trágicos. Para comprender el “internacionalismo 2.0” contemporáneo, y ver los retos, posibilidades y problemas a los que se enfrenta no está de más, pues, empezar mirando un poco hacia atrás.

Una mirada hacia atrás en la historia

El siglo XIX fue rico en expresiones internacionalistas tanto en la burguesía liberal como en el naciente movimiento obrero. La formación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) en 1864 en Londres expresa la reacción de éste frente a la “primera globalización victoriana” (Bensaïd, 2007), y la com-

preensión de la naturaleza internacional del capitalismo, en un periodo marcado por la existencia de segmentos de trabajadores cualificados con alta movilidad geográfica (Anderson, 2002) y en el que los Estados-nación estaban aún en vías de consolidación. La AIT representó una convergencia entre corrientes más pragmáticas como las trade unions británicas, cuyo internacionalismo era fruto de la experiencia práctica y revolucionarios, como Marx, Engels y otros, con una comprensión teórica del mismo (Mandel, 1978).

Para Marx, como nos remarca Bellamy Foster (2000), el movimiento obrero tenía que organizarse nacionalmente y arraigarse en las condiciones materiales de explotación de cada contexto nacional inmediato, pero comprendiendo la dinámica del capitalismo internacional, las funciones internacionales de la clase obrera de cada país y la voluntad de la burguesía de hacer competir entre sí a los trabajadores de naciones distintas. El “internacionalismo proletario” era concebido por Marx y Engels como algo que iba más allá de la simple solidaridad internacional e incluía intentos reales de coordinar al movimiento obrero de distintos países para alterar la correlación de fuerzas entre capital y trabajo. Su concepción del internacionalismo proletario y de la acción de la AIT, expresada en su Manifiesto Inaugural, puede sintetizarse con la fórmula de contraponer a la política exterior del capital internacional, una política exterior independiente de la clase trabajadora (Mandel, 1995).

La historia ha demostrado, sin embargo, que ésta ha sido una tarea muy difícil. Los prejuicios nacionales, los chovinismos, las diferencias culturales, de lengua, la parlamentarización e integración del movimiento obrero en los sistemas políticos y de relacionales laborales nacionales, así como las dificultades materiales derivadas de las distancias, falta de recursos y problemas de comunicación están en la raíz de los fracasos históricos del internacionalismo. En términos generales la práctica del internacionalismo se ha desarrollado en momentos donde los límites de la acción nacional-estatal han aparecido claros y cuando en su motivación se han combinado razones de interés propio con razones altruistas basadas en una idea genérica de solidaridad internacional en la clase trabajadora (Munck, 2002).

El impulso internacionalista del movimiento obrero fue potente en el periodo de la creación de la propia AIT, en las últimas décadas del siglo XIX y los comienzos del XX cuando se fundaron las primeras estructuras sindicales internacionales y la II Internacional (pero ya en un contexto de fuerte “nacionalización” de las organizaciones obreras) y en los años inmediatamente posteriores a la revolución de Octubre de 1917, con la creación de la III Internacional. Este impulso sería ahogado posteriormente con el ascenso de la teoría estalinista del socialismo en un solo país y la transformación de la III Internacional en un instrumento de defensa de la URSS. A pesar de ello los años treinta estarían marcados por un fuerte empuje internacionalista entorno al movimiento internacional antifascista de solidaridad durante la guerra civil española (Bensaïd, 2003; Lowy; 1997).

El período posterior a la II Guerra Mundial fue de pérdida de fuelle internacionalista por parte del movimiento obrero, cuya acción quedó confinada dentro de los límites del Estado-nación en el marco de los compromisos keynesianos de regulación de la economía. La lógica bipolar de la guerra fría dificultó aún más el desarrollo de un internacionalismo no subalterno a la lógica de los “campos” y a la razón de Estado. La política exterior de muchas organizaciones políticas y sindicales quedó totalmente subalternizada a la defensa de los intereses “nacionales” y del “mundo libre” occidental o al seguidismo de los intereses diplomáticos de la URSS, quien utilizaría de forma perversa la retórica del “internacionalismo proletario” para justificar la invasión de Hungría en 1956 o Praga en 1968. El propio campo “socialista” padecería rupturas, tensiones e incluso guerras entre sus Estados integrantes.

En este contexto, el espíritu internacionalista quedó confinado a corrientes minoritarias del movimiento obrero como el trotskismo o el anarquismo. Sobrevivió, sin embargo, “transformado en tercermundismo” (Bensaïd, 2003) encarnado en los movimientos de liberación nacional y anti-coloniales de los cincuenta, de composición social amplia y con base entre segmentos de las clases medias, las burocracias estatales y militares, el campesinado y sectores del movimiento obrero (Wallerstein, 2003). Éstos tuvieron tanto sus versiones más moderadas representadas por el movimiento de los “no alineados” como sus versiones más radicales, simbolizadas de algún modo por el Che, auténtico “revolucionario sin fronteras” (Pereyra, 2007), para quien el internacionalismo, sintetizado en su consigna de crear “dos, tres muchos Vietnams”, era a la vez un “imperativo estratégico y una necesidad práctica” y “un imperativo moral” como nos recuerdan Besancenot y Löwy (2007). Este nuevo impulso internacionalista, sin embargo, se agotaría pronto, debido a la institucionalización de muchos movimientos de liberación nacional una vez obtenida la independencia nacional, su incapacidad de tomar distancias reales respecto al bloque del Este en algunos casos y al colapso de la agenda económica de los países del sur a finales de los setenta.

El cambio de coyuntura mundial a finales de esta década, con el reflujó de la ola de contestación social y el inicio de la reestructuración neoliberal provocaron una crisis profunda de la perspectiva internacionalista, en paralelo a la crisis de los grandes proyectos e ideales de emancipación social. En este contexto, el discurso de los derechos humanos y del humanitarismo, en definitiva lo que Bensaïd (2003) llama el “sin fronteras”, se convirtió en hegemónico en tanto que discurso de solidaridad norte-sur. La irrupción de Médicos Sin Fronteras o las campañas contra la hambruna en Etiopía a mediados de los ochenta serían buenos ejemplos. En este periodo se desarrollaron con fuerza las ONGs, muchas de ellas de ámbito internacional. Su expansión estuvo ligada en parte a las oportunidades que ofrecieron las instituciones internacionales interesadas en vincularlas a sus actividades. La cumbre de Río sobre medioambiente en

1992 o la Cumbre de Beijing de la ONU sobre la Mujer en 1995, fueron dos de los momentos de máximo apogeo de la presencia y visibilidad internacional de las ONG.

El espíritu internacionalista quedó confinado durante los años ochenta a los movimientos de solidaridad internacional ligados a la revolución sandinista o a las guerrillas centroamericanas y también al movimiento internacional contra el apartheid en Sudáfrica, con un discurso mayoritario centrado en los derechos humanos y contra el racismo, pero sin adquirir, como señala Anderson (2002) el significado global de los movimientos de solidaridad internacional y de liberación nacional de los sesenta y setenta. La perspectiva y la vertiente internacionalista militante de la solidaridad con América latina fue apagándose a comienzos de los noventa, al compás del fracaso de los procesos revolucionarios e insurreccionales centroamericanos. El discurso de la cooperación internacional al desarrollo y el peso de las ONGDs adquirió preponderancia en los movimientos de solidaridad internacional, en algunos casos con un enfoque muy poco militante, otros con un sano espíritu reivindicativo, como fue el caso del movimiento por el 0'7% en 1994 en el Estado español.

El internacionalismo de las resistencias

La década de los noventa se inició con la proclamación por Bush padre de “un nuevo orden mundial”, surgido al calor de la caída del Muro de Berlín, la desintegración de la URSS y la primera guerra del Golfo que consolidaba a Estados Unidos como única potencia hegemónica y al neoliberalismo, codificado en el “Consenso de Washington”, como la única política posible.

Las resistencias a este “nuevo orden”, sin embargo, fueron floreciendo progresivamente. Es habitual fijar simbólicamente el alzamiento zapatista del 1 de enero de 1994 como el inicio de un nuevo ciclo de contestación internacional. Los zapatistas fueron los primeros en codificar un discurso general de crítica al nuevo orden mundial, situando su lucha particular en un marco de defensa de “la humanidad y contra el neoliberalismo”: “*Marcos es gay en San Francisco, negro en Sudáfrica, asiático en Europa, chicano en San Isidro, anarquista en España, palestino en Israel, indígena en las calles de San Cristóbal, chavo banda en Neza, rockero en CU, judío en la Alemania nazi, ombudsman en la Sedena, feminista en los partidos políticos, comunista en la posguerra fría, preso en Cintalapa...*”, nos decía entonces el subcomandante. Los zapatistas fueron también los primeros en intentar articular la resistencia internacional contra el nuevo orden con la convocatoria de los Encuentros por la Humanidad y el Neoliberalismo en la Selva Lacandona en 1996. Toda la década de los noventa estuvo marcado por el ascenso, no siempre perceptible, de las luchas sociales, a escala nacional-estatal y de las campañas internacionales. Los ya mencionados acontecimientos de Seattle en noviembre de 1999 comportarían la emergencia visible del movimiento “antiglobalización”, una aceleración de

las protestas internacionales contra la globalización neoliberal y la confirmación de la entrada en una nueva etapa.

Este nuevo ciclo de protesta internacional que tiene en la crítica a la globalización neoliberal como elemento motriz debe interpretarse como la emergencia de un nuevo internacionalismo, un “internacionalismo de las resistencias” como lo han llamado Löwy (2004) o Bensaïd (2003) basándose en Derrida. En realidad el término “internacionalismo” ha sido muy poco utilizado dentro del movimiento, y sólo por parte de aquellos autores y corrientes vinculadas a la historia del movimiento obrero. En su lugar, han tenido más fortuna términos como “justicia global”, “solidaridad global” y muchos otros. La falta de uso del concepto “internacionalismo” muestra la ruptura histórica de las resistencias actuales con la tradición del movimiento obrero, consecuencia de la derrota y el fracaso de los procesos emancipatorios del siglo XX. Algunos han abogado incluso por la necesidad de abandonar el propio concepto de “internacionalismo” al considerarlo demasiado anclado en la “era de los Estados-nación” y poco adecuado para definir las resistencias de hoy en día.

Contrariamente a ello, pensamos que analizar el auge de las protestas contra la globalización en términos de “nuevo internacionalismo” es necesario, pues permite ubicar en perspectiva histórica las luchas contemporáneas y ponerlas en relación con la historia del movimiento obrero y de los movimientos de emancipación de los siglos XIX y XX. El “nuevo internacionalismo” contemporáneo se diferenciaría del “internacionalismo proletario” histórico al menos por su alcance (casi) planetario, mientras el del primer movimiento obrero fue esencialmente occidental (aunque éste no fuera el caso, obviamente, del tercermundismo), y porque tiene como protagonistas activos a una amplia pluralidad de actores sociales, y no sólo al movimiento obrero.

Si el primer movimiento obrero naciente comprendió la necesidad de organizarse internacionalmente frente al sistema capitalista, cuya naturaleza internacional entendieron muchos de sus dirigentes de la época, en la actualidad el impulso de la globalización capitalista empuja también a la convergencia de un amplio espectro de movimientos y actores sociales opuestos y afectados por la lógica depredadora de esta nueva “gran transformación”. El impulso globalizador del capitalismo crea las condiciones para la convergencia internacional de un amplio espectro de movimientos y organizaciones sociales afectados por su lógica depredadora. Pero esta convergencia no es en absoluto automática o mecánica y debe ser políticamente construida. Se puede decir que el proceso de globalización posee una dinámica contradictoria, ya que por un lado fragmenta y por el otro unifica (Bensaïd, 2000), y debilita y activa simultáneamente las resistencias sociales (Gills, 2000).

El “nuevo internacionalismo” encarnado en las protestas contra la globalización no se presenta ya como un movimiento de solidaridad con los pueblos del Sur, aunque tenga un componente que va en este sentido, sino que pretende arti-

cular un combate común contra el capitalismo global. Como nos recuerda Löwy (2004) la solidaridad internacional propia de las protestas contra la globalización y del movimiento “antiglobalización” se manifiesta de forma distinta que en las movilizaciones internacionalistas de los años sesenta y setenta. Entonces éstas se expresaban como manifestaciones de solidaridad “con” otros movimientos (Vietnam, Argelia, la revolución cubana...). La solidaridad internacional articulada entorno al movimiento “antiglobalización” o a procesos como el Foro Social Mundial, se basa en cambio, en la solidaridad recíproca “entre” organizaciones y movimientos que se reconocen como integrantes de un combate común, la denuncia de la globalización capitalista. En otras palabras, como apunta Rousset (2008), no se trataría tanto de una solidaridad “vertical” entre movimientos, sino de solidaridades “horizontales” entre éstos.

Ello no implica, sin embargo, que las expresiones de solidaridad internacional(ista) tradicionales con los pueblos oprimidos o con los movimientos de resistencia en los países del sur, como la solidaridad con la causa Palestina, el zapatismo o los procesos en curso en Bolivia, Venezuela, Ecuador..., hayan dejado de ser importantes. Al contrario, siguen siendo más relevantes que nunca, pero se dan en un contexto donde es posible empezar a articular resistencias coordinadas a escala internacional.

Un elemento definitorio central del movimiento “antiglobalización”, distintivo de otros movimientos, ha sido que su propia naturaleza, sus objetivos, y sus iniciativas y movilizaciones han tenido una dimensión internacional. No ha actuado como un movimiento de solidaridad internacional con luchas específicas en países del Sur, ni se ha limitado a contactos entre activistas de varios países para coordinar actividades. En su momento de auge actuó como un movimiento transnacional capaz de elaborar agendas comunes a escala internacional y crear procesos duraderos internacionales, como por ejemplo el Foro Social Mundial y actuar como un “polo unificador” (Rousset, 2008) de las resistencias a la globalización.

Derribar muros, levantar puentes... a varios niveles

En el período posterior a Seattle, el movimiento experimentó un proceso de fuerte crecimiento hasta las movilizaciones contra el G-8 en Génova en julio de 2001 y los atentados del 11 de septiembre en Nueva York. Después de algunos titubeos iniciales, en los que el movimiento pareció perder fuelle, la nueva etapa se caracterizó por la centralidad adquirida por la lucha contra la “guerra global permanente”, cuyo cenit fueron las protestas del año 2003 contra la invasión de Irak. En los últimos cinco años se ha entrado en una nueva fase marcada por una pérdida de visibilidad de las movilizaciones internacionales “antiglobalización” y de su capacidad aglutinadora y unificadora y de mayor dispersión y fragmentación, regionalización y “nacionalización” de las luchas socia-

les. La imagen de la existencia de un movimiento internacional coordinado desapareció. Aunque la dinámica general de los últimos años ha sido de aumento de las resistencias, éstas han sido muy desiguales por todo el mundo y han experimentado dificultades importantes en Europa y Estados Unidos, donde han tenido una lógica globalmente defensiva y han conseguido pocas victorias que permitieran acumular fuerzas de forma sólida, a diferencia de América Latina donde se ha producido una crisis profunda del modelo de acumulación neoliberal y un ascenso de los movimientos populares. Si en el periodo inicial prevalecieron tendencias a la unificación de las luchas, dentro de cada país y a escala internacional, en esta última etapa han dominado las tendencias a la fragmentación y a la dispersión.

Uno de los retos del “nuevo internacionalismo de las resistencias” es articular una “escala móvil de los espacios” (Bensaïd, 2008) que conciba la resistencia social a la globalización en diferentes niveles espaciales-geográficos interconectados entre sí (local, regional, nacional, estatal e internacional), cuya relación debe ser comprendida en términos dialécticos (Löwy, 2004). Es necesario, pues, no oponer de forma excluyente los distintos niveles espaciales de la acción político-social, evitando valorizar sólo una acción local, a pequeña escala, aislada de procesos de luchas más generales, así como una acción internacional desconectada de realidades sociales locales y de realidades sociales concretas. En otras palabras, el reto es conseguir lo que Harvey (2003) llama una dialéctica de la política que se mueva de la microescala a la macroescala y viceversa. Ésta debe ser la perspectiva estratégica del “nuevo internacionalismo” frente a la globalización capitalista.

Los movimientos sociales tienen el doble reto de profundizar en su arraigo local y fortalecerse “por debajo” y, en paralelo, crear formas de articulación a escala nacional e internacional, que eviten el aislamiento de las resistencias sociales a través de espacios como foros, campañas y redes concretas, con el objetivo de revertir los procesos de fragmentación social impulsados por el neoliberalismo. Derribar los muros entre los sectores populares y trazar puentes entre éstos avanzando en “*un juego de construcción que conjuga el fragmento singular con la forma del todo*” (Bensaïd, 2005) es uno de los grandes retos que tiene la práctica del internacionalismo del siglo XXI.

Josep Maria Antentas es profesor de sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB).

Esther Vivas forma parte del Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales (CEMS)-Universidad Pompeu Fabra (UPF).

Ambos son miembros de la redacción de *VIENTO SUR*.

Bibliografía

- Anderson, P. (2002) “Internationalism: a breviary”. *New Left Review*, 14, 5-25.
- Bellamy Foster, J. (2000) “Marx and Internationalism”. *Monthly Review*, 52,3, 11-22.
- Bello, W. (2001) *Essays on Globalization and Resistance*. Oakland: Food First Books.
- Bensaïd, D. (2000) *Le sourire du Spectre*. Paris: Michalon.
- Bensaïd, D. (2003) *Le nouvel internationalisme*. Paris: Textuel.
- Bensaïd, D. (2005) *Fragments Mécréants*. Paris: Lignes.
- Bensaïd, D. (2007) *Resistencias. Ensayo de topología general*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Bensaïd, D. (2008) *Éloge de la Politique Profane*. Paris: Albin Michel.
- Besancenot, O y Löwy, M. (2007). *Che Guevara, une braise qui brûle encore*. Paris: Mille et une nuits.
- Gills, B. (ed.) (2000) *Globalization and the politics of Resistance*. London: Palgrave.
- Harvey, D. (2003) *Espacios de Esperanza*. Madrid: Akal.
- Löwy, M. (2004). “Negativité et utopie du mouvement altermondiste”. *Contre-temps*, 11, 44-50.
- Löwy, M. (1997) *Patries ou Planète?*. Lausanne: Page Deux.
- Mandel, E. (1978) *Sobre la historia del movimiento obrero*. Barcelona: Fontamara.
- Mandel, E. (1995) *Trotsky as Alternative*. London: Verso.
- Munck, R. (2002) *Globalisation and Labour*. New Delhi: Leftword.
- Pereyra, D. (2007) *Revolucionario Sin Fronteras. El Che y la lucha por el socialismo*. Madrid: Critica y Alternativa.
- Rousset, P. (2008) “La experiencia del FSM como un nuevo marco de solidaridades” en AAVV. *El futuro del Foro Social Mundial*. Barcelona: Icaria.
- Wallerstein, I. (2003) “Nuevas revueltas contra el sistema”. *New Left Review*, 18, 93-104.